

SITIO DE CARTAGENA DE 1815

Apenas Fernando VII se vio sentado nuevamente sobre el trono de sus mayores, libre de los temores que inspiraba a las testas coronadas de Europa el poder colosal de Bonaparte, y de las trabas que la constitución de las cortes de Cádiz había opuesto al despotismo de los monarcas españoles, cuando quiso reducir nuevamente a su obediencia las provincias de la América del Sur, que se habían declarado independientes. Para esto tenía un hermoso ejército que formó la guerra de la península en cien combates contra los franceses, y peleando también al lado de las tropas inglesas sus aliadas, con excelentes oficiales que le mandasen. Decretó, pues, una expedición de diez mil hombres de desembarco que debía seguir contra las provincias independientes del virreinato de Buenos Aires o del Río de la Plata. El mariscal de campo don Pablo Morillo, que en la guerra de la península había hecho una fortuna muy rápida, subiendo en nueve años desde sargento a general, fue escogido para mandar en jefe la expedición. Morillo tenía valor, firmeza de alma, algunos talentos y experiencia militar. El brigadier de la armada española, don Pascual Enrile, natural de La Habana, debía mandar la escuadra, y ser el segundo jefe de la expedición. El ministerio tuvo que vencer graves dificultades

para proporcionar los recursos necesarios en el estado de debilidad y miseria en que se hallaba el erario español; mas fueron superadas principalmente con los auxilios del comercio de Cádiz, que viendo iba a escapársele el lucrativo monopolio que hacía en la América española si ésta consolidaba su independendencia, hizo los mayores esfuerzos y proporcionó al rey todo cuando faltaba para la expedición. Antes de que se hallara pronta a seguir a su destino, se supo en Madrid la ocupación de Montevideo por las armas de Buenos Aires; esto, unido a que ya era muy avanzada la estación, al estado en que se hallaban las provincias de Venezuela y a la importancia de asegurar el istmo de Panamá, que debía ser como el centro y el apoyo del poder español en la América del Sur, obligó a variar el destino del ejército y escuadra: se mandó pues, que ésta y aquél se dirigieran primeramente a la antigua capitania general de Venezuela, y que restablecido allí el gobierno real, siguiesen contra la plaza de Cartagena con el objeto de tomarla y pacificar después el Nuevo Reino de Granada.

La expedición, según las órdenes comunicadas al general Morillo, debía hacerse a la vela en Cádiz el día 1.º de diciembre; mas no lo pudo verificar hasta el 24 de enero próximo. Vientos contrarios la obligaron a regresar al puerto, y zarpó nuevamente a la mitad de febrero, navegando hacia Canarias, donde se reunió en los últimos días de aquel mes: de allí dirigió su rumbo a la costa firme.

La expedición llegó felizmente a las costas orientales de Cumaná en los primeros días de abril, y allí encontró al ejército realista, que, bajo el mando del feroz y

sanguinario Boves, había destruído a los republicanos en varios reñidos combates.

Habiendo hecho el general Morillo todos sus preparativos para la expedición contra Cartagena y guarnecido a Margarita con ochocientos hombres, a Caracas y La Guaira con mil, a Cumaná y Barcelona con ochocientos, destacado ochocientos a los Llanos y dejado trescientos en Puerto Cabello, siguió a esta ciudad para embarcarse. Antes envió el regimiento de Extremadura y alguna caballería con la fuerza de mil setecientos hombres al istmo de Panamá para seguir a Lima, y a Puerto Rico un batallón de Cazadores.

Pudo hacer tan grandes esfuerzos auxiliado por el ejército que halló en Venezuela al mando del coronel Morales, del que embarcó cerca de cuatro mil hombres, fusilando a muchos que no querían dejar su tierra natal y tratándolos a bordo con indecible dureza, lo que aumentó el descontento de los criollos. La expedición se componía de siete a ocho mil hombres que venían en cincuenta y seis buques, algunos de guerra y los demás transportes. Fondeó la escuadra en Cabo de la Vela, y de allí envió Morillo a saber noticias de Santa Marta, puerto adonde se dirigía, y a que se hicieran los preparativos para el recibimiento de la expedición: ésta arribó felizmente a su destino el 23 de julio, e inmediatamente desembarcó para reponerse de las fatigas del viaje.

Morillo, desde su llegada a Santa Marta, no había perdido un instante; ayudado muy activamente por la población de esta provincia, que conservaba un profundo resentimiento contra la de Cartagena, por la guerra que se habían hecho, reunió buques menores y lo demás necesario para el bloqueo, e hizo salir por tierra la

vanguardia de su ejército, compuesta de tres mil quinientos hombres de tropas venezolanas, la mayor parte de pardos, acostumbrados a sufrir el calor y la humedad de la costa firme, que hacen tantos estragos en los blancos, especialmente en los europeos o en los que han nacido en los climas fríos y templados de los Andes. Mandaba aquellas tropas formadas en la escuela de Boves, el coronel don Francisco Tomás Morales, a quien Morillo dio el epíteto de *terror de los malvados*; es decir, de los inocentes americanos que se habían atrevido a reclamar los derechos concedidos al hombre por el Soberano Autor de la Naturaleza, y que sostenían sus reclamaciones con el valor propio de hombres libres. Morales pasó el río Magdalena por Sitionuevo a Sabanalarga. La columna republicana que estaba en aquella parte era de setecientos hombres y ocupaba a Santo Tomás, posición que se vio obligada a abandonar a la llegada de tropas enemigas tan superiores. Tanto esta columna como todas las demás partidas que existían en diferentes puntos de la provincia, incluso los restos del general Palacios, recibieron órdenes de replegarse a la plaza conduciendo los ganados y todos los víveres que fuera posible.

Cartagena, acaso la plaza más fuerte de la América del Sur, está situada en una península arenosa, que formando un paso estrecho al suroeste, tiene comunicación con la parte llamada «Tierrabomba», que se extiende hasta *Bocachica*. Está dividida en dos partes: la ciudad propiamente dicha, y el arrabal de «Getsemaní», que contenía cerca de diez y ocho mil habitantes. Una muralla gruesa y elevada circunvala la ciudad: «Getsemaní» tiene forma de semicírculo y está fortificado al

frente por otra muralla: por la parte del este de la plaza está unido a ella por medio de un puente de madera que se halla sobre un foso: los dos lados del arrabal de «Getsemaní» están guarnecidos con estacadas que unen sus muros con los de la ciudad. Al este de «Getsemaní», y a trescientas veinticinco toesas de distancia de la ciudad, se halla en una colina el fuerte o castillo de «San Felipe», que domina con sus fuegos tanto el arrabal como la ciudad. Tiene de altura perpendicular cerca de veintiuna toesas, y está unido a otros varios montecillos que corren en dirección oriental y terminan en el más elevado que llaman de «La Popa», de ochenta y cuatro toesas de altura, y en cuya cima había un convento de agustinos descalzos y un vigía. Los fuegos de «La Popa» dominan el cerro de «San Felipe», distante cerca de mil varas, y protegen las inmediaciones de Cartagena. Al norte de «La Popa» está la laguna de «Tesca», de una legua de circunferencia, la cual comunica con la bahía y foso de Cartagena por el caño de «Juan Angola», y por el norte con el mar, por el punto llamado «La Boquilla». La bahía, formada por la costa de *Bocagrande*, la de *Bocachica*, la isla de *Barú* y la costa de *Pasacaballos*, es de las mejores que se conocen. Tiene dos leguas y media de norte a sur, bastante profundidad, buen anclaje y es muy tranquila; comunica con el mar por *Bocagrande*, cerrada por el gobierno español con gastos crecidos, de modo que ahora sólo pueden entrar por ella buques pequeños. Los castillos de «San Fernando», «San José» y «El Angel» defienden a *Bocachica*, hoy la entrada principal a la bahía. Esta comunica también con el mar por el caño del «Estero» o *Pasacaballos*. El clima de Cartagena es

cálido en extremo; llueve mucho, y el vómito prieto hace grandes estragos en los forasteros.

Entre tanto, el gobierno y los jefes militares de Cartagena no se descuidaban para poner la plaza en estado completo de defensa. En las murallas de «Santo Domingo» y «Santa Catalina» se montaron sesenta y seis cañones, se abrieron fosos, se fortificó y coronó la gruesa artillería en el cerro de «La Popa», y el general Castillo, de acuerdo con el gobierno político, publicó la ley marcial, sujetando a todo hombre a la autoridad militar; por ella ordenó a los pueblos, bajo la pena capital, que *al acercarse el enemigo abandonaran sus habitaciones y se retiraran a los bosques, hostilizando a los españoles por cuantos medios estuvieran a su alcance*. Si los habitantes de las poblaciones exteriores hubieran estado tan decididos por su independencia como los de la plaza, esta medida podría haber producido efectos saludables; pero de nada sirvió con pueblos cansados de la guerra y que deseaban ya el antiguo reposo de la esclavitud, a cuyas cadenas estaban acostumbrados. Se creó también una comisión militar; se enviaron emisarios a las Antillas y a los Estados Unidos para adquirir víveres, otorgando a los introductores privilegios bastantes para incitarlos. Con el aislamiento general que se hizo de todos los hombres capaces de tomar las armas en Cartagena, desde diez y seis hasta cincuenta años, se reunieron tres mil seiscientos. De éstos sólo dos mil seiscientos cincuenta eran de tropa veterana. Se distribuyeron éstos en los puntos principales, dándose la comandancia a oficiales de conocido valor e inteligencia. Por renuncia de Palacios, el general Bermúdez tomó el mando de los restos de su división, y cuatrocientos

hombres fueron encargados del cerro de «La Popa». En el de «San Felipe» mandaba el coronel Luis Rieux con quinientos. El coronel Cortés Campomanes estaba encargado de la muralla y puerta de «Santa Catalina». De la de «Santo Domingo», el teniente coronel Narváez, y Herrera, de la parte que mira a la bahía. En los castillos de «Bocachica» se pusieron doscientos hombres, además de los vecinos del pueblo que también se agregaron a las fortalezas. El caño de *Pasacaballos* debía defenderse por bongos armados. Las fuerzas sutiles se aumentaron en «La Boquilla», laguna de «Tesca» y en la bahía. «Bocagrande» estaba defendida por un buque de porte, bien asegurado y tripulado. El brigadier Eslava tenía el mando de las fuerzas marítimas, que consistían en la corbeta «Dardo», que de nada sirvió, en siete goletas y balandras, la mayor parte corsarios, con algunos bongos y lanchas cañoneras. Bajo sus órdenes mandaba una división el teniente de navío Luis Aury. La comandancia general de armas la tenía Castillo, y a sus órdenes era mayor general el coronel Mariano Montilla.

Entre las providencias que se dictaron en Cartagena para quitar al enemigo los recursos y comodidades que pudiera hallar en *Turbaco*, fue mandar quemar esta hermosa población. Los vecinos se opusieron al incendio de sus casas, y mataron al teniente de caballería Pastor, con parte del piquete que conducía; fue preciso que el capitán Martín llevara un refuerzo para completar la obra. Ningún otro lugar fue destruido por el fuego de los patriotas. *El célebre Garcia Toledo quemó voluntariamente sus haciendas de «Guayepo» y «Barragán»*, para que no sirvieran a los enemigos de su patria.

En la ciudad de Cartagena, sus habitantes ofrecieron todo cuanto tenían para pagar y animar las tropas. *Las mujeres se desprendieron de sus joyas, y hasta se echó mano de la plata de las iglesias, presentada voluntariamente por las comunidades religiosas.*

Sin embargo, Castillo no tuvo en aquellos momentos críticos bastante vigor para tomar la única medida que acaso hubiera salvado la plaza, el arrojar fuera de ella todas las bocas inútiles para el servicio de las armas. Por una compasión extemporánea, o más bien por el temor de alguna conmoción interna que habrían hecho los padres, deudos y parientes, dejó que se encerraran dentro de las murallas, no sólo sus primitivos habitantes, sino también muchas familias comprometidas que vinieron de los campos a refugiarse en Cartagena. El consumo de víveres debía ser rápido y muy grande.

Cuando Morillo consideró que estaría próxima a Cartagena la división de vanguardia, embarcó todas las tropas españolas y algunas milicias de *Santa Marta*, a bordo de su escuadra, y se hizo a la vela para aquella plaza. Le acompañaban su segundo, el brigadier Enrile; el capitán general del Nuevo Reino de Granada, don Francisco de Montalvo, y los dos inquisidores de Cartagena, don José Oderis y don Prudencio Castro, sin duda para alucinar a los pueblos fanáticos, persuadiéndoles que con la inquisición iban a restablecer la religión de Jesucristo. El 18 de agosto se presentó a la vista de la plaza, y a los dos días desembarcó a barlovento en el puerto de *Arroyogrande*, cerca de *Puntacanoa*, sin oposición ni impedimento alguno. Hecho el desembarco, quedó establecido por tierra el bloqueo, fijándose primeramente el cuartel general en Palen-

quillo», y después en la hacienda de *Torrecilla*, a cuatro leguas de Cartagena, teniendo consigo a su estado mayor y la reserva. Ocho días después de la llegada de Morillo delante de la plaza, arribó por tierra la división de Morales, que había desplegado su fiereza con todos aquellos que se opusieron a su marcha, especialmente sobre el desgraciado pueblo de Malambo, que tuvo la osadía de resistir a fuerzas superiores, y que pagó bien caro su atrevimiento. Morales, al presentarse en el pueblo de Pasacaballos, tomó por sorpresa una lancha y dos bongos. Al mismo tiempo la escuadra española se situó, parte enfrente de *Bocachica* y parte en *Puntacanoa*, impidiendo así que la plaza recibiese víveres por mar.

Todo el círculo de la bahía fue ocupado por la división de vanguardia, y Morales estableció su cuartel general en la hacienda del *Mamonal*. El quiso formar una batería en Pasacaballos para apoyar sus operaciones contra la bahía; pero la división marítima de Cartagena, posesionada de la boca interior del *Estero*, se lo impidió todas las veces que intentó realizar su empresa. En la isla de Barú y Santa Ana, de que se apoderó inmediatamente, puso fuertes destacamentos con el objeto de adelantar sus operaciones sobre el *Estero*, del que era muy importante a los sitiadores el apoderarse para conducir los víveres necesarios a toda el ala izquierda de sus puestos; al mismo tiempo que las ensenadas que allí hay le servían para carenar las embarcaciones de alta mar y poner en estado de obrar a sus fuerzas sutiles, que tripularon con los vecinos de Barú y Santa Ana. El centro y la derecha de la línea española eran ocupados por el cuartel general de *Torre-*

cilla y por destacamentos o columnas que había en *Tenera, la Bayunca, Santa Rosa, Arenal y Barragán*. En este último puesto existía una fuerte columna de zapadores y de las compañías ligeras del ejército expedicionario y un piquete de húsares de Fernando VII, que servía para reconocimientos y escoltas de víveres y enfermos que desembarcaban por *Puntacanoa y Guayepo*. Morillo colocó sus hospitales a la espalda de su línea en Turbaco, en donde hizo chozas y barracas, en Sabanalarga y Arjona. Con estas operaciones se cerraron también las avenidas de la plaza por tierra, quedando Cartagena rigurosamente bloqueada. Morillo, que conocía su fortaleza, no intentaba otra cosa que tomarla por hambre.

El bloqueo se estrechó sin que hubiera salido para el interior ninguno de los fusiles, arribados de Europa, que hubo tiempo de enviar por el Atrato, al menos en parte. Tampoco había entrado en la plaza el dinero que desde julio remitió el gobierno general. El comisionado, teniente coronel Feliciano Otero, no aceleró sus marchas como debía; falta que pagó bien caramente (1). Así privó a los sitiados del numerario que tanto necesitaban para comprar víveres en las Antillas. El gobierno de la plaza tenía comisionados en diferentes puntos; pero sin crédito y sin numerario, muy pocos auxilios podían remitir. Estas dos circunstancias influyeron poderosamente en que la Nueva Granada perdiera su independencia y libertad.

(1) Murió después del combate de Chimá, en el paraje en que más al interior de «Montería» fue tomado el gran caudal por las tropas españolas. Otero, natural de la provincia del Socorro, mandó la escolta que custodió en noviembre de 1810, en Bocachica, al brigadier don José Dávila, y fue quien denunció la contrarrevolución del regimiento «Fijo» el 4 de febrero de 1811, al doctor García de Toledo.

Al mismo tiempo que el general Morillo se hizo a la vela de Santa Marta, salió el brigadier don Pedro Ruiz de Porras con una división de mil hombres a situarse en Mompós, para obrar sobre el alto Magdalena y sobre las sabanas de *Corozal*. Debía ponerse en comunicación con la quinta división expedicionaria, que, según las órdenes de Morillo, había de ocupar los valles de Cúcuta y la ciudad de Ocaña, avanzando desde Barinas, en donde la organizaba el coronel don Sebastián de la Calzada, en número de dos mil hombres. Inmediatamente que Porras llegó a su destino, marchó el capitán de húsares de Fernando VII don Vicente Sánchez Lima, con dirección a las sabanas, llevando ciento cincuenta infantes y cincuenta húsares. Del cuartel general de *Torrrecilla* salieron también los tenientes coroneles Arce y Machado y el capitán don Julián Bayer, con el objeto de ocupar a Tolú, el *Zapote* y toda la costa de sotavento, de donde podían venir algunas provisiones a Cartagena. Bayer encontró y atacó en Chimá una columna republicana de quinientos hombres que mandaban los oficiales Martín Amador y Pantaleón Ribón, y que iba custodiando el dinero que el gobierno general había remitido en auxilio de Cartagena. Con fuerzas menores consiguió dispersar la columna, causándole una pérdida considerable. Los jefes principales de los independientes, con intereses que conducían, pudieron escaparse por el río Sinú arriba, con dirección al Chocó; pero a los tres días fueron aprehendidos en Montería por la columna de Sánchez Lima, que dispersó, mató e hizo prisioneros a los fugitivos. Allí pereció el teniente coronel Otero con los capitanes Jugo, Madrid y otros de menor graduación, quedando prisioneros Ribón, Ama-

dor y diez y seis oficiales más con algunos soldados, todos los que fueron conducidos presos al cuartel general. Lo más importante fue la toma de ochenta mil pesos en dinero sellado y alhajas, que tanto deseaban los españoles. Los oficiales y soldados aprehensores sustrajeron una gran parte; mas averiguado el fraude, todos los intereses se recuperaron y entraron en la caja militar de Morillo.

Una presa tan fácil e importante aumentó la codicia, el valor y las esperanzas de las tropas que se llamaban pacificadoras y expedicionarias, y desde entonces anhelaban por nuevos combates para enriquecerse con el botín. Los pueblos, cansados con las discordias civiles, recibían a los españoles con mucho entusiasmo y con repiques de campana. Estos quedaron, pues, en pacífica posesión de toda la provincia de Cartagena, menos la capital, con abundantes víveres, caballos y demás recursos para continuar el asedio. Los lugares ocupados juraron nuevamente al rey, y sólo estaban por los independientes Majagual y Nechí, sobre el Cauca.

Entre las ventajas que consiguió Morillo cuando sus tropas ocuparon el fuerte del *Zapote*, en la embocadura del río Sinú, fue hacer prisionero al ciudadano José María Portocarrero, comerciante de Santafé, quien traía pliegos del gobierno de Cartagena para el de la Unión. Su contenido era de la mayor importancia para los realistas, pues el general Castillo, en oficio de siete de septiembre, hacía al secretario del gobierno supremo la pintura más triste del estado de la plaza, y decía: «que a pesar de los grandes sacrificios del gobierno y de los particulares, ya no había recursos para pagar las tropas; que

en cuanto a víveres, era peor su situación; no existía depósito alguno, ni menos almacenes generales; no se hallaba un grano de maíz, ni había en la ciudad más que quinientas reses, de suerte que aun contando con los pocos caballos, mulas, burros y perros, apenas podían prometerse víveres para cuarenta días. Y aunque se enviaron algunos buques ligeros a las Antillas a buscar provisiones, como no había crédito ni dinero, y como, por otra parte, se corría gran riesgo en penetrar por medio de la escuadra que bloqueaba rigurosamente el puerto en todas direcciones, bloqueo que había sido reconocido por el almirantazgo de Jamaica, era muy difícil recibir socorro. En fin, que el número de las tropas de línea disponibles no pasaba de mil hombres, y las fuerzas sutiles eran muy inferiores a las españolas». Morillo publicó inmediatamente un cuadro tan funesto para los patriotas, terminando el boletín con una proclama a los americanos, persuadiéndoles de que sus gobernantes los engañaban. Castillo, en los boletines publicados por su mayor general al principio del bloqueo, había asegurado, para inspirar confianza al pueblo, que tenía ocho mil hombres y víveres para un año. Estas noticias, divulgadas en lo interior, inspiraron a los pueblos una seguridad mal fundada de que no se perdía Cartagena, y dieron motivo al general español para calumniar a los patriotas.

A pesar de las lisonjeras esperanzas que este oficio hacía concebir a Morillo de un triunfo casi seguro, la escuadra padecía mucho por el largo crucero y por los vientos, de tal suerte que la fragata *Ifigenia*, de cuarenta y cuatro, se vio precisada a buscar un anclaje al abrigo de la isla de Barú. Los sitiados determina-

ron abordarla, en circunstancia de que los otros buques enemigos, fondeados a barlovento a distancia de tres leguas y media, no podían favorecerla en las calmas periódicas de la mañana. El general Castillo dispuso se embarcasen cuatrocientos hombres escogidos y parte de su estado mayor a bordo de los buques que se habían calculado necesarios para la empresa, los que mandaba el capitán de navío Aury. Este, que era de un partido contrario a Castillo, suscitó dificultades para el ataque de la fragata, contravino a las órdenes e hizo un desembarco en la isla de Barú sobre Santa Ana, bajo pretexto de apoderarse de aquel punto y apoyar el abordaje de la *Ifigenia*. *Verificado el desembarco en desorden y sin precaución, se encaminó la infantería al pueblo de Santa Ana con parte de las tripulaciones de los buques*. Cuando menos lo esperaban fueron los republicanos atacados por las fuerzas españolas que mandaba el teniente coronel de ingenieros Juan Camacho, dispersándose la columna, que perdió veinticinco muertos, treinta y cinco heridos y ciento treinta fusiles, reembarcándose el resto precipitadamente. Así abortó el plan primitivo, pues los oficiales extranjeros que mandaban los corsarios promovieron competencias y desobedecieron las órdenes del general Castillo, quien tuvo que regresar a la plaza.

Al mismo tiempo que se atacaba a Barú se resolvió en la plaza que el capitán Sanarrusia saliera hacia sota-vento con un barco y algunas canoas armadas a buscar víveres y adquirir noticias. La división consiguió burlar la vigilancia de las tropas españolas que guardaban a Pasacaballos. Evacuada su comisión, Sanarrusia regresaba con pocos víveres; pero los españoles, que esta-

ban preparados, le obstruyeron el caño del *Estero* y le pusieron emboscadas, de que no pudo escapar ni retroceder. Después de combatir valerosamente, Sanarrusia se mató de un pistoletazo por no caer en manos del enemigo. El capitán murió peleando. Cayeron en poder de los realistas un bongo de guerra, cinco canoas armadas, un bote y ochenta hombres con algunas proclamas y papeles.

Hacía algunos días que una facción trabajaba sordamente en Cartagena para deponer a Castillo; a su frente se hallaban los oficiales de las tropas venezolanas que existían en la plaza; altamente indignados por los acacimientos de la última guerra civil, le atribuyeron poca actividad y energía en sus operaciones de defensa, y sólo aguardaban un suceso desgraciado como los de Santa Ana y el *Estero*.

El nuevo jefe de las armadas, Bermúdez, luégo que tomó el mando, dictó providencias fuertes para investigar el paradero de algunos víveres que se decía estar ocultos. Los comisionados nada más pudieron conseguir, después de un escrutinio riguroso, que recoger el resto de los acopios que habían hecho los particulares, y cometer algunos excesos dolorosos para estos mismos.

Por aquel tiempo era ya muy triste la situación de los habitantes de Cartagena; sólo tres pequeñas goletas cargadas de carne y harina y dos corsarios con pocos víveres, habían podido burlar la vigilancia de los cruceros enemigos, y aliviado algún tanto la miseria de la plaza. Mas a pesar de una rigurosa economía, a fin de octubre el hambre hacía estragos espantosos. Había ya comenzado la peste especialmente en los viejos y en

los niños, y se perdieron en un temporal tres buques menores que salieron de Jamaica con víveres remitidos por los comisionados del gobierno. *Gran parte de la población se alimentaba ya con caballos, burros, perros, gatos y hasta con ratas.* Sin embargo, ninguno hablaba de rendirse a los españoles, todos sufrían con mucho valor y resignación las mayores privaciones. Tenían siempre la esperanza de que llegarían provisiones de un momento a otro; o de que un fuerte cuerpo de tropas venidas del interior atacara a Morillo por la espalda y rompiera su línea. Este, para vencer, según decía, la obstinación de los sitiados, cuyo estado conocía muy bien, hizo bombardear la plaza varias veces. Destruir varias casas y matar algunas mujeres y niños descuidados e inocentes, fue la única ventaja que consiguió de aquella horrible medida. En el momento que principiaba el bombardeo, los habitantes de Cartagena que no estaban sobre las armas se refugiaban a las bóvedas de *Santa Catalina*. Morillo quiso también por medio de proclamas ganar a los franceses y a los soldados que habían sido de Bolívar; pero sus promesas fueron despreciadas.

En tales apuros, el gobernador de Cartagena reunió extraordinariamente la legislatura de la provincia. Después de manifestar en un discurso enérgico el verdadero estado de los negocios, propuso que para salvar a los habitantes de los horrores con que los amenazaba un enemigo cruel e irritado, se pusiese la provincia bajo la protección y dirección de la Gran Bretaña. Determinóse consultar a los principales jefes militares reunidos en junta de guerra, y considerando en ella la absoluta falta de provisiones, la poca probabilidad que ha-

bía de recibirlas por mar o por tierra, y la imposibilidad de desalojar de sus posiciones a un enemigo tan superior, se resolvió autorizar al gobernador, y se le autorizó en efecto, para tomar cuantas medidas juzgase convenientes a la salvación de la ciudad, excepto *la de capitular con los españoles o volver a su dominación*. Se nombró, en consecuencia, a los doctores Ignacio Cervero y Henrique Rodríguez de comisionados para que siguieran a Jamaica y propusiesen a su gobernador, el duque de Manchester, que tomase posesión de la ciudad y provincia de Cartagena a nombre de su majestad británica. Mas aquel jefe se denegó a verificarlo, por carecer de instrucciones de su gobierno para una operación tan delicada.

Sin embargo de las ventajas conseguidas por Morillo, tampoco era buena la situación del ejército real. La disentería y las fiebres se habían introducido en las tropas. Diariamente morían muchos soldados, y los hospitales existentes en Turbaco, Arjona y Sabana-larga tenían más de tres mil seiscientos enfermos. La estación de las lluvias era muy nociva, y la escuadra se deterioraba por la frecuencia de los temporales que reinan sobre la costa en los meses de agosto, septiembre y octubre. Sin los socorros abundantes de harina y de varios otros artículos que recibieron los sitiadores de la isla de Cuba y de la de Jamaica, suministrados los últimos por la casa de Bogles y Scott, o con que hubiera existido algún cuerpo de tropas que incomodara su espalda, la empresa de Morillo no habría sido coronada con buen suceso.

Este, para dominar las cercanías de la plaza y poder introducir la artillería y demás elementos necesarios

para estrechar el asedio, había proyectado forzar la *Boquilla* y apoderarse de la laguna de *Tesca*; pero el capitán de fragata Rafael Tono, con su división de bongos se opuso vigorosamente a dos ataques de más que dieron sobre aquel punto, que había cerrado con estacadas. El enemigo conoció la imposibilidad de su empresa y se decidió a variar su plan de operaciones hacia sotavento. Morales, que había reunido en el *Estero* las fuerzas sutiles de barcas cañoneras que trajo la escuadra española, las que se tripularon en Barú, y otros buques armados venidos del Magdalena y Santa Marta, consiguió forzar la boca interior del *Estero* e introducirse en la bahía. Esto provino de haberse debilitado la división republicana que sostenía aquella posición importante, sacando buques para otra empresa que se meditaba sobre algunas embarcaciones de la escuadra sitiadora, y de no haberse echado a pique en su boca un bergantín que estaba señalado para este objeto.

En estas circunstancias, y debilitados considerablemente los defensores de Cartagena, Morillo, para estrechar el bloqueo resolvió un ataque simultáneo sobre el cerro de *La Popa* y sobre *Tierrabomba*, punto que suministraba algunos comestibles a la plaza, y que la mantenía en posesión de la pesca de la bahía. Con este objeto determinó construir una batería en el lugar llamado *Cocosolo*, apoyada por seis bongos de los que habían llegado del Magdalena, o habían tomado a los independientes. Al mismo tiempo, cuatro barcas debían estar prontas en el *Tejadillo*, para ocurrir en caso necesario adonde lo exigiese la necesidad. Ochocientos hombres fueron destinados al ataque de La Popa, bajo el mando del coronel Villavicencio. A las dos

de la mañana se pusieron en movimiento, y el capitán don José Maortúa mandaba la columna que debía escalar los parapetos. Se hallaba ya debajo de ellos cuando fue descubierta, y un fuego horroroso de los republicanos, así de *La Popa*, como del castillo de *San Felipe*, puso a los españoles en precipitada fuga, después de haber repetido varios ataques, y continuaron en ella hasta incorporarse con la reserva de caballería que mandaba Villavicencio. Quedó tendido en el campo Maortúa con dos oficiales más y treinta soldados, teniendo veinticinco heridos. Perdieron también cincuenta fusiles y ocho escalas. El teniente coronel Soublotte mandaba *La Popa*, y tenía sólo ciento treinta soldados disponibles. Se distinguieron el teniente coronel Stuart con el mayor Piñango. *Mas era tal la miseria en Cartagena, que en recompensa de acción tan gloriosa, sólo pudo darse a aquellos valientes una pequeña gratificación en plata, que de nada podia servirles, veinte cueros para alimentarse y dos pipas de vino.* El ataque de *Tierrabomba* se hizo bajo las órdenes de Morales con los seis bongos y tres barcas de guerra; pero hallaron también preparadas las fuerzas sutiles y goletas armadas que los independientes mantenían en la bahía, que después de un obstinado combate, en que murió el capitán Tomás Pacheco, natural de Santa Marta, y que había causado muchos daños a la libertad de su patria, los buques del rey tuvieron que acoderarse en el caño del Loro sin que los republicanos pudieran abordarles. Al día siguiente continuó el fuego, y al tercero, reforzados los realistas con otras seis barcas y algunos botes de abordaje, los independientes levaron anclas y se retiraron a lo interior de

la bahía, causándoles varios daños la batería de *Cocó-solo*. El enemigo construyó inmediatamente otra batería en *Tierrabomba*, cuyos fuegos se cruzaban con la primera, obstruyendo así la entrada o salida de cualquier embarcación, y aislando a los castillos de *Bocachica*, que no podían ya comunicarse con la plaza.

Perdida *Tierrabomba*, Morales quiso tomar por asalto el castillo de *El Angel*, uno de los de *Bocachica*, en que mandaba el teniente coronel Sata, y fue rechazado con pérdidas considerables; pero los españoles consiguieron dominar con sus fuerzas sutiles casi toda la bahía, perdiendo los sitiados el escaso auxilio de la pesca con algunas raíces y verduras que sacaban de aquella isla. *Las desgracias de los infelices habitantes de Cartagena llegaron entonces a su colmo. El barril de harina, mientras la hubo, se vendió hasta ciento cincuenta pesos, los huevos a cuatro pesos cada uno y las gallinas a diez y seis.* Ya se habían comido todos los caballos, mulas, burros, perros, gatos y cueros que había en la plaza, lo mismo que cuantas yerbas podían haber a las manos, por insalubres que fueran. Sólo cinco pequeños buques habían podido entrar con algunos víveres después de cerrado el bloqueo, pues hasta los vientos les eran contrarios; auxilio demasiado pequeño para una población tan numerosa. *El hambre, y su compañera inseparable la peste, se llevaban diariamente al sepulcro gran número de personas, y por todas partes no se veía otra cosa que hombres pálidos, mujeres extenuadas y seres expirantes. «Muchas veces al recorrer las guardias, los oficiales encontraban los centinelas que habían expirado en su puesto».* El terror estaba pintado sobre todos los semblantes. La

cuchilla y la venganza española les hacía temer por su existencia si caían en poder de Morillo, si no se presentaba algún socorro que les libertara del hambre destructora. Sin embargo, la esperanza de recibir víveres de las colonias extranjeras en un bergantín goleta que se había dejado ver y desaparecido de nuevo, prolongó la defensa algunos días.

Desde el principio del bloqueo, el Gobierno por un bando había incitado a las personas incapaces de llevar las armas a que saliesen de la plaza; sin embargo, ningún efecto produjo, pues todos temieron ponerse a discreción de los españoles. En los últimos días de noviembre se repitió el mismo bando, y eran ya tan espantosos los efectos del hambre, que sólo dos mil personas se resignaron a abandonar las murallas en diferentes direcciones que se encaminaban hacia el campo realista. Era un lastimoso espectáculo ver a la madre abandonar a sus hijos, y al anciano moribundo marchar desfallecido a morir acaso en los bosques. *Más de las dos terceras partes de aquella emigración perecieron en los alrededores de la plaza*, y pocos pudieron arribar a los puestos enemigos en donde no fueron maltratados. *El cuatro de diciembre llegó a trescientos el número de las personas que de hambre murieron en las calles*. Todas las guarniciones de los fuertes y baluartes estaban ya disminuídas en extremo. Los hospitales amontonados de hombres semivivos, sin más esperanza que la muerte, hallándose cada familia en igual estado. Mas a pesar de tan formidable azote, no desmayaba la constancia de los sitiados, prefiriendo morir a depender de Morillo.

A la vista de un cuadro tan lamentable, el gobierno de la plaza que había recaído en el Teniente Gobernador doctor Elías López, a consecuencia de enfermedad verdadera o aparente de Amador, determinó, después de consultar a una junta de jefes militares y vecinos notables, no capitular con el General español, sino evacuar la plaza al día siguiente y embarcarse con dirección a Jamaica o a los Cayos de San Luis. Algunos buques, entre ellos la fragata *Dardo*, con todas las armas que tenía a bordo, habían conseguido burlarse de la vigilancia de los cruceros enemigos y salir del puerto, lo que daba esperanza de un éxito feliz. El Gobierno, de antemano, había comunicado órdenes muy precisas al Comandante de la escuadrilla Aury para que pusiera en los buques aguada suficiente, y para que diese una noticia exacta del número de personas que podían caber en cada uno de ellos. También había nombrado algunos ciudadanos respetables de los menos comprometidos para con el gobierno español, a fin de que conservasen el orden, y si era posible hiciesen que tuvieran cumplimiento las proposiciones que el General Morillo había pasado a la mitad de noviembre, en que ofrecía respetar a los que se sometieran a la dominación española. *Dada la orden para estar prontos todos los que debían embarcarse, se reunieron los restos miserables de los constantes defensores de Cartagena. Se hallaban tan disminuidos que, de quinientos hombres que al principio del bloqueo tenía el castillo de San Felipe, sólo existían treinta y siete, y así en los demás puntos.*

Al anochecer del 5 de diciembre se principió la evacuación en un silencio y orden admirables. La escena no podía ser más patética ni inspirar sentimientos más pro-

fundos de dolor. El padre, el esposo y el hermano dejaban en el lecho de la muerte a los objetos más queridos de su corazón y se iban a entregar sin víveres y con pequeñas fuerzas a una muerte casi segura, alejándose acaso para siempre de su país natal por huír de la tiranía española. Al mismo tiempo veían frustrados todos sus esfuerzos, perdiendo todos los sacrificios de seis años y las esperanzas que habían concebido de ser libres e independientes. Sin embargo, una gran parte de los que se pudieron levantar de su lecho ocurrieron a embarcarse. Claváronse los cañones de las murallas, los de *La Popa* y de *San Felipe*, y a la mañana del siguiente día los buques tenían a su bordo la emigración, compuesta de más de dos mil personas de todos sexos y edades. La escuadrilla, que sólo constaba de trece embarcaciones menores, entre ellas siete goletas mal armadas y las otras mercantes, era incapaz de contener cómodamente tanta gente, hallándose, además, desprovista de aguada por la ineptitud del Comandante Aury, que no cumplió las órdenes del Gobierno.

A las tres y media de la tarde se hizo a la vela dejando Aury abandonada en la bahía a una porción de soldados, sin más arbitrio que caer en manos de Morales, para recibir una muerte cruel, como efectivamente sucedió. El enemigo, que observaba los movimientos de los buques republicanos, había establecido cuatro baterías de una y otra parte de la bahía, con piezas de grueso calibre que cruzaban sus fuegos; fuera de esto veintidós lanchas bombarderas con cañones de igual calibre se formaron en el canal para estorbar la salida. Mas, animada la emigración por fuertes sentimientos, y conduciendo a sus mujeres, a sus hijos y lo más precio-

so que tenía, resolvió vencer o morir; así continuaron los patriotas su rumbo, rechazando a las fuerzas sutiles enemigas que pretendían abordar algunos buques de cuyo intento desistieron, viendo la determinación con que se les atacaba, hasta obligarlas a refugiarse bajo los fuegos de sus baterías. Estas fueron igualmente flanqueadas, aunque con varios daños de los buques y algunos emigrados muertos y heridos.

A las cinco y media de la tarde llegó la escuadrilla independiente a *Bocachica*. El resto del día y parte de la noche se empleó en poner a bordo los víveres que existían en el castillo de *San Fernando*, que su Comandante Ducoudray no había querido partir con la plaza, enclavar la artillería, en embarcar las municiones y en permitir a los vecinos del sitio de *Bocachica* que dejasen a sus familias ocultas en los bosques de la costa, volviendo después de haberlo ejecutado a seguir con resignación la suerte de sus compatriotas. A media noche, habiendo refrescado el viento, la escuadrilla se hizo a la vela sin concierto alguno, pues el Comandante Aury no fijó a ningún buque un plan de señales para su reconocimiento. Así atravesó por en medio de la escuadra española, mucha parte de la cual se había reunido ya en barlovento de las islas del Rosario. Entre las tres y cuatro de la mañana se levantó un temporal que hizo tomar a cada buque diferente rumbo, según las circunstancias de su marcha y el estado de su aparejo, quedando sólo tres reunidos con la goleta *Constitución* en que iba el Estado Mayor y algunos Magistrados principales de la ciudad.

En la misma noche que se embarcó la emigración, y cuando aún se hallaba en la bahía cerca de *Bocagran-*

de, un bergantín goleta americano ancló frente a la playa de *Santo Domingo*, y era el mismo que se había visto los días anteriores con dirección a la plaza. El Teniente Coronel Guerrero, que estaba de servicio en aquel punto, y que no había querido seguir la suerte de la emigración, le hizo la señal convenida y le engañó para que se pusiera bajo los fuegos del baluarte. *En la mañana siguiente este buque, que conducía mil barriles de harina, ochocientos de carne y otros artículos*, se vio atacado por la artillería de las murallas y por algunas embarcaciones enemigas, de modo que sin embargo de haber ocurrido a su defensa varios emigrados que se desembarcaron por la playa que se extiende hacia *Bocagrande*, fue imposible salvarle. Si llega un día antes se hubiera prolongado la defensa y el General español se ve acaso obligado a levantar el asedio según lo llegó a pensar. La escuadra ya no podía tener el mar, y el ejército de tierra estaba casi todo en los hospitales o había muerto, *pues en el bloqueo perdió Morillo cerca de tres mil quinientos hombres*. Así fue que, cuando entraron las tropas españolas en Cartagena, había pocos soldados sanos.

El Teniente Coronel español don Antonio Galluzo (1) que estaba prisionero en Cartagena, y el de igual grado don Pedro Guillín al servicio de la República, partieron para el cuartel general de *Torrecilla*, enviados por el Mariscal de Campo Domingo Esquiaqui, quien tomó el mando, a avisar a Morillo de la evacuación de la plaza la misma noche del cinco.

(1) Este Jefe, cartageuero y partidario del Gobierno español, cayó prisionero en la batalla de Boyacá, y fuè fusilado con 38 más, en la plaza principal de Bogotá, el 11 de octubre de 1819.

Morillo estaba en *Cospique*, y por su ausencia Montalvo envió inmediatamente al Brigadier Cano con el regimiento de *León*, para que ocupara la ciudad; lo que se verificó el seis de diciembre, *a los ciento ocho días de principiar el bloqueo en 20 de agosto*. A pesar de la bárbara fiereza que han desplegado los españoles en la guerra con sus antiguas colonias de América, Morillo y sus satélites suspendieron por algunos días su innata crueldad para con los infelices habitantes de Cartagena. Cadáveres en las casas y en las calles, mujeres y hombres moribundos o esqueletos ambulantes fue la población que hallaron en Cartagena. Esta parecía un vasto cementerio de un aire corrompido y pestilente. *Durante el asedio perdió Cartagena por el hambre más de seis mil personas, o la tercia parte de su población*. En los primeros días, y luégo que se restableció la abundancia, creció el número de los muertos por los excesos que se cometen en tales circunstancias, y a que no pueden resistir los cuerpos débiles. Aun los duros corazones de Morillo y de Montalvo, para quienes los insurgentes no merecían compasión alguna, parece que no pudieron menos de ablandarse al ver la desolación de Cartagena. En los partes que dieron a la Corte de Madrid sobre su toma, al paso que nos llenan de horror con sus pormenores, nos inspiran sentimientos de admiración hacia aquellos hombres magnánimos que hicieron por conservar su libertad cuanto les era dado en su posición. Morillo confiesa que en todo el tiempo que estuvo situado delante de Cartagena, no pudo hacer la menor impresión ni en sus puestos avanzados ni en las murallas de la plaza, y que había sido rechazado en cada ataque, sacrificando sus mejores tropas. Al siguien-

te día de la ocupación de Cartagena Morales fue destinado a tomar posesión de los castillos de *Bocachica*, lo que verificó. Hizo luego publicar un bando ofreciendo seguridad y amnistía a todos los vecinos de *Bocachica*, y confiados en sus promesas se presentaron hombres sexagenarios, mujeres y niños, pescadores infelices que ninguna parte podían tener en las ocurrencias políticas. A todos los mandó degollar en las orillas del mar ese bárbaro azote de la humanidad, hasta el número de cuatrocientas personas, incluyendo cuatro oficiales patriotas que se habían quedado ocultos, entre ellos el Mayor Lea. Aquel jefe, durante el bloqueo, había mandado incendiar también y destruir por el fuego los edificios del hospital de San Lázaro, construido en Caño de Loro sobre la bahía, con las familias que en él vivían. Ni los lazarinos atacados de una enfermedad de las más terribles pudieron escapar del furor de Morales, sediento de sangre humana. Es voz común que en el silencio del crimen sacrificó después muchas otras víctimas en Cartagena, en su cuartel del convento de la Merced. Allí las hacía poner en cepos, y sus soldados las asesinaban a palos o hincándoles clavos en la cabeza. Sin embargo, este hombre ha sido premiado por Morillo y favorecido por la Corte de Madrid.

Por un descuido de los republicanos al emigrar, Morillo cogió el sistema de señales que tenían en la plaza, y dejando enarbolado el pabellón tricolor y sus buques de guerra en la misma posición que ocupaban durante el bloqueo, engañó a todas las embarcaciones que conducían víveres y otros auxilios para los independientes. Diez bergantines y goletas con más de siete mil barriles de harina, carnes y otras provisiones cayeron sucesiva-

mente en el lazo, y tuvieron que rendirse bajo el cañón de las murallas.

Morillo trató duramente, así a los extranjeros que pudo atrapar con este ardid, como a los que existían en la ciudad; conducta que llamó la atención del Gobierno de los Estados Unidos y del Gobernador de Jamaica, los que reclamaron enérgicamente por los súbditos de sus respectivos países; y Morillo, mal de su grado, hubo de ponerlos en libertad. También consiguió desclavar la artillería, porque dejaron intacta la mayor parte o hicieron mal la operación aquellos a quienes el gobierno republicano la había encargado. Así fue que muy pronto el vencedor tuvo la plaza en estado completo de defensa, y a pesar de que era un esqueleto su población, sacó de ella más de cien mil pesos de contribución forzosa y vestuarios para el ejército, apoderándose de los almacenes de mercaderías que tenían los particulares. Morillo al mismo tiempo formó un tribunal militar con el título de *Consejo permanente de guerra*, compuesto de oficiales por lo común españoles, para que juzgaran a todos los que hubieran tenido parte en la revolución. Muy pronto veremos los terribles efectos y los asesinatos jurídicos de esta institución horrible, que unida a la Inquisición restablecida inmediatamente, era también calculada para satisfacer la saña del Pacificador, para destruir hasta el germen de las luces en la Nueva Granada, y para cubrir de sangre, de lágrimas y de luto hasta la última de sus provincias. Halló Morillo en Cartagena trescientos sesenta y seis cañones de diferentes calibres con sus municiones correspondientes, más de nueve mil bombas de catorce a siete pulgadas, tres mil trescientos ochenta y ocho fusiles, cien carabinas,

seiscientos ochenta sables, algunas pistolas y lanzas, tres mil cuatrocientos cuarenta quintales de pólvora en barriles, cuatro mil setecientos veintisiete cartuchos de cañón de varios calibres, ciento treinta y cinco mil ochocientos de fusil y doscientas mil piedras de chispa. *He aquí el fin que tuvieron el armamento, la pólvora y municiones que no se quisieron dar al General Bolívar para defender la Patria, como habría sucedido probablemente. Cartagena no se salvó, y las armas y municiones que encerraban sus murallas sirvieron al vencedor para remachar las cadenas de la Nueva Granada.*

Los habitantes de Cartagena que habían abandonado su patria, huyendo del furor español, dispersos por la tempestad, sufrían a bordo males de todas clases. Hacinados doscientos o trescientos en aquellos buques pequeños y en climas tan ardientes como los de los trópicos. Sujetos a mil peligros y miserias, debidos unos a los elementos, y la mayor parte a la ignorancia, al capricho y mala fe de los Capitanes de los barcos, que eran extranjeros y casi todos corsarios, los que trataban de sacar provecho de las víctimas sometidas a su albedrío, moribundos, sin agua, sin víveres y expuestos a los furros del océano, muchos perecieron a palos que les hacían dar los capitanes, porque pedían algún socorro con qué refrigerar la sed y apaciguar el hambre.

Un falucho en que iba el Teniente Coronel Santiago Stuart, cayó en poder de los españoles sobre las islas del Rosario.

La goleta *Estrella* y otros buques recalaron a las costas del Darién, y encontrándose con los hermanos Fernando y Miguel Carabaño que venían a Cartagena en el corsario *Federico*, éstos supieron la evacuación de la

ciudad, y con doscientos de los emigrados de diferentes buques resolvieron penetrar por el Atrato al Chocó en la lancha cañonera *Concepción*, que también había salido de la plaza; pero ésta varó en la embocadura del Atrato, muchos de los emigrados perecieron y cincuenta cayeron poco tiempo después en manos de los españoles. Otro buque americano fue apresado en la boca del río Caimito, costa de Veragua, por el corsario español *La Flecha*, viniendo al poder de sus fieros enemigos en estos diferentes puntos los doctores García de Toledo, Ajos, Granados y otros que fueron remitidos a Morillo para expirar en un patíbulo. El corsario *Cometa*, mandado por el infame Michel, arribó a la isla de Providencia, donde quiso asesinar al ciudadano Juan de Dios Amador, que había sido su bienhechor, al doctor Revollo, al Teniente Coronel Narváez y a otros que se ocultaron en los bosques, y a quienes robó cuanto poseían. En seguida pasó con algunos soldados y Oficiales patriotas a la isla de San Andrés, que tomaron degollando al Gobernador y a la pequeña guarnición española que allí existía.

Otro barcó recaló a la isla de Cuba, y de ciento noventa emigrados que llevaba a bordo sólo pudo ofrecer al rigor y a las cárceles de las autoridades españolas ocho personas. Los demás se habían muerto de hambre y de miseria.

Las goletas *Constitución* y *Sultana* llegaron a Sabana, en la mar de Jamaica, cuyos Magistrados y habitantes ofrecieron a los emigrados hospitalidad y socorros generosos. Mas, pasando al puerto de Kingston, sólo se permitió a estos buques permanecer pocos días, y a la mayor parte de los emigrados se les impidió el desem-

barcar. De allí siguieron a los Cayos de San Luis, a donde había arribado el resto de la emigración, que halló hospitalidad generosa en Petión, el Presidente de Haití. Apenas seiscientas personas se salvaron en las islas de Jamaica y de Santo Domingo, de las que por lo menos doscientas murieron de resultas de la miseria, de las enfermedades y de las fatigas de su largo viaje. Sin embargo, fieles los cartageneros a la causa de la libertad, una parte de ellos corrió de nuevo a las armas poco tiempo después, cuando el General Bolívar formó la célebre expedición de los Cayos, que puso las bases de la República; otros fueron con el General Mina a combatir por la libertad de Méjico.

Tal fue la suerte de los desgraciados defensores y habitantes de Cartagena. Su constancia y sufrimiento llegaron a un grado heroico. Pereciendo diariamente por centenares, sin víveres y con muy pocas esperanzas de conseguirlos, comiendo hasta los animales más inmundos, jamás hubo quien propusiera rendirse ni hacer la paz con los tiranos, origen de todos sus males. Los que sufrió Cartagena pueden compararse a los padecimientos de los sitios más célebres que recuerda la historia; ésta en sus fastos no puede menos de dar un lugar distinguido a los patriotas de Cartagena que tanto hicieron por conseguir su libertad e independendencia.